



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año V | Número 17 | Marzo 2024

## Derivaciones

Roberto Doberti<sup>1</sup>

roberto.doberti@gmail.com

---

<sup>1</sup> Arquitecto por la FADU / UBA. Doctor por la Universidad Nacional de Rosario. Investigador y Profesor Titular Emérito UBA. Director de la Maestría en Lógica y Técnica de la Forma. Fundador del Instituto de la Espacialidad Humana. Creador y Profesor Titular de la materia Teoría del Habitar. Integrante del Consejo Académico de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales. Integrante del Consejo Académico del Doctorado en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Ex Director del Doctorado FADU-UBA. Ex Secretario de Investigación FADU-UBA. Evaluador de Proyectos de Investigación para diversas universidades. Director de tesis de Maestría y de Doctorado.

El conjunto de escritos ubicados bajo este título es heterogéneo, no los asocia ninguna temática ni un mismo modelo estilístico. Resulta necesario, entonces, justificar esta ubicación conjunta.

Una primera razón, no la relevante ni suficiente, es que todos son textos cortos y sus desarrollos se emplazan en un lugar ambiguo que ronda entre lo poético y lo teórico, sin ser claramente ni lo uno ni lo otro.

La segunda, verdadera y decisiva razón es de otra índole. Empezaremos señalando los diferentes significados que se asocian a las palabras *deriva* y *derivar*. Por un lado, derivar implica que una cosa o juicio proviene o es consecuencia de otra cosa o juicio. Así una enfermedad puede derivar en otra o de un estudio o análisis se pueden derivar aseveraciones no contenidas inicialmente. Por otro lado, deriva es la desviación de un derrotero naval como consecuencia de corrientes marinas o fluviales no previstas. Por último, podemos decir que *ir a la deriva* es equivalente a *ir a la buena de Dios*, es decir sin rumbo fijo, sin premeditación.

De todo esto se nutre el contenido incluido en *derivaciones*.

De todos modos, la imagen que nos resulta más apropiada es la que supone un cauce de río, con un andar cansino y un flujo no muy grande. En el río hay algo que se deja arrastrar por la corriente, que acepta la refulgencia del sol y la somnolencia de la noche, las aguas a veces límpidas y otras más turbias.

Lo importante es que a veces queda detenido por un breve plazo, sea por un junco, o por una hoja o una pluma que el viento llevó al río, o hasta por un ligero torbellino de las aguas.

Ese algo que se deja llevar por el fluir y que se detiene breve y bastante arbitrariamente es el juego de las palabras que componen estos escritos.

## EN EL BOSQUE

Estoy entrando al bosque. Es un bosque más bien pequeño; desde aquí puedo ver sus límites y la extensa llanura que lo circunda. Las sombras son tenues, solo lo suficiente para evitar la resolana que lo rodea.

Es otoño y el bosque tiene árboles de dos o tres especies, no me interesa discernir más. Todos los árboles son de hojas caducas, de manera que estoy pisando una alfombra bellísima. Algunas hojas son amarillentas, otras tienden al cobrizo, pero hay toda una gama entre unas y otras.

Todavía quedan hojas en los árboles; de pronto veo caer una, desprendiéndose de su rama. No sé si fue una ligera brisa o la inexorable ley biológica lo que produjo ese desprendimiento.

La hoja cae con un vuelo airoso, lentamente, hamacándose en el aire y parece buscar la compañía de sus hermanas yacentes. También uno diría que parece saber que su destino final es volver a ser nutriente de las raíces, desde donde la savia ascenderá para que unos meses después, sea parte de un botón que quiere abrirse, de una tímida hoja apenas insinuada y que más tarde tendrá un verde pleno a la luz intensa del verano.

Tengo una sensación difícil de describir, en parte admiración por el destino de esas hojas, en parte envidia por el vuelo sinuoso y suave de su despedida. Pero hay algo que no puedo decir, porque hoy, en este otoño, el bosque es una maravilla que no cabe en palabras.

## FELICIDAD

Caminaba con soltura, le parecía que el viento suave le acariciaba la cara, que la ciudad en la que siempre había reconocido incomodidades y ciertos riesgos le abría sus brazos, lo acogía para ofrecerle la belleza de las fachadas y la proximidad de los paseantes. La mujer, aquella que él veía como la más bella y sensible, le había dado esa tarde señales inequívocas de estar enamorada de él. Demoró sus pasos para aspirar el aire fresco que llenaba sus pulmones y, según lo imaginó, su cuerpo entero.

Llegó hasta el hogar familiar; aunque la dicha lo desbordaba no comentó nada porque la quería saborear tan solo él. A día siguiente le daría a la familia la buena nueva. Participó sobriamente de la cena, leyó unas páginas de una novela que le interesaba, pero casi no las entendió porque, como se dice, su cabeza estaba en

otro lado. Se acostó con una placidez y satisfacción como nunca había sentido. Se durmió, pero apenas unas horas después despertó con una sensación incómoda en el estómago, no sabía decir si era dolor o acidez, si sabía que no era intolerable y que con la ayuda de un medicamento común pronto desaparecería.

Sin embargo, reconoció que algo había pasado. Una ligera fisura, una pequeña hendidura, había quebrado la felicidad perfecta. No había vuelta atrás, los motivos de alegría permanecían intactos, pero la plenitud de la felicidad se había quebrado. Algo menor, insignificante si se quiere, se había metido en su vida.

A la mañana siguiente consultó a su amigo, el Dispensador de Verdad, que lo escuchó con atención. El Dispensador de Verdad le dijo muy seriamente que la felicidad es eso que él había sentido esa tarde, y también que lo era, aunque en una versión algo diluida, el recuerdo de aquello si se lo sabía conservar y despertar de cuando en cuando. También le dijo que lo triste es la situación de aquellos que desean ese momento absoluto y no lo encuentran nunca, y que lo deplorable es el caso de los que no creen que exista y entonces ni siquiera lo pueden imaginar.

## EN EL RECREO

Esto puede tener las imprecisiones que el largo tiempo transcurrido suele producir. Estoy hablando de un recuerdo que viene desde la década de los 40 del siglo pasado.

Es un recuerdo escolar, aunque son los momentos menos escolares de lo vivido en el colegio. Resulta que estamos en el recreo entre horas de clase. Los recreos son breves, diez minutos. Puede pensarse que para niños de siete o nueve años los momentos por fuera del aula son demasiado restringidos, pero son los momentos en que salimos de las filas de los bancos, cómodos pero inamovibles, en los que pasamos las horas en la escuela. Tal vez ese pensamiento esté en lo cierto, sin embargo, quizás por escuetos esos momentos son de plena felicidad.

Jugamos a las figuritas, a las bolitas o a patear para uno u otro lado un bollo de papel. El patio es amplio y permite esos y otros juegos. Son momentos en los

creemos, ingenuamente, que no estamos vigilados por los ojos limitadores de las maestras y maestros.

Yo no recuerdo haberme sentido tan feliz o tan contento como en esos minutos. Ninguno de nosotros aspira a nada, ninguno está en otra cosa o sentimiento más que en el simple placer de disfrutar de un recreo, de una suspensión, breve, y por eso más precisa, de todo lo demás. En el recreo que yo viví o imagino aletea algo de las ceremonias sagradas.

## VIRTUD DEL DESVÍO

Los sucesivos inventos que jalonan la historia humana suelen verse como logros o aciertos, sin embargo, a la mayoría de ellos (tal vez a todos) tanto los constituye este aspecto como su opuesto. Los inventos son también fallos, renunciaciones, insuficiencias; eso no los hace menos útiles o ingeniosos.

En rigor, solo así pueden ser generados, con la aceptación de limitaciones, de restricciones respecto de lo que podría haber sido su objetivo inicial. Si la escritura se pretendiera reproducción de la palabra enunciada y no se limitara a ser un remedo, un sustituto parcial, entonces la escritura no habría existido.

Cargar con la obligación de reproducir todos los matices, todas las entonaciones y énfasis, todas las circunstancias que a la palabra la entornan y le confieren su particular sentido es una tarea que no cabe en la esfera de los grafismos.

Si las invenciones que posibilitan nuestro transporte por el aire se hubieran empeñado en conseguir la misma elegancia, versatilidad de recorridos y simpleza en las maniobras de despegue y aposentamiento que tienen los vuelos de los pájaros, ni el globo aerostático ni el avión habrían alcanzado existencia.

Yo no veo desmedro en esto, sino un carácter típico de la inteligencia de los hombres. Nos desarrollamos a través de las desviaciones, de los atajos, por lo tanto, por caminos que nunca llevan a la meta prevista sino a resultados que tanto pueden ser entendidos como pobres caricaturas o como geniales creaciones. Entre estas dos alternativas se sitúa la ambigua condición de la inventiva.

## DESCENTRAMIENTOS

El pensamiento está cómodo si se descentra, si se aplica a los dioses o las bestias, o bien a los artefactos cotidianos o a las remotas estrellas. El pensamiento encuentra dificultades y un chirriar de desbarranco cuando quiere pensarse a sí mismo, cuando pretende reconocer o establecer los principios desde los cuales está funcionando. Es una acción que se aproxima a la tentativa imposible de pisar la sombra del pie, pues en el momento mismo en que se lo apoya en el suelo la sombra desaparece o se identifica con el pie que la produce.

El propio discurrir de la vida del hombre suele ser fluido y a veces armonioso, o al menos sosegado, en tanto no haga cuestión de su sentido final, de sus límites o desbocados ensueños. En definitiva, el hombre es un ser que solo gira en equilibrio mientras esté descentrado, cambiando con ritmos variables la orientación y la medida de su desviación.

Sin embargo, el empeño casi obsesivo por ese juego de pisar la sombra que arroja, de recuperar y establecer su centrado eje vertical, parece ser indeclinable. Solo la caída del sol o la banalidad de la absoluta distracción le podrán garantizar la comodidad y la continuidad de un andar fluido. En ese caso ya es dudoso que se trate del hombre y no de su simulacro.

## LA SABIDURÍA

Siempre me pareció fascinante y, a la vez, enigmática la noción de sabiduría. Los sabios no son los que tienen mayor cantidad de conocimientos científicos, quizás ni siquiera se trate de conocimientos.

La sabiduría parece ser otra cosa, otras ideas, otras capacidades u otras posiciones. Desde los muchas veces mencionados siete sabios de Grecia ya la cuestión se hace difusa y alejada de los conocimientos racionales. Solo uno de ellos, Thales de Mileto, es un matemático y filósofo, aunque quizás fue reconocido como sabio por su participación en la vida social de su ciudad. La mayoría son legisladores o políticos. También los *viejos sabios* de las tribus, respetados y solicitados de consejo, tienen saberes que nos quedan lejanos, al igual que ciertos monjes orientales y las figuras

matriarcales que funcionan como orientadoras de las decisiones y poseedoras de sutiles curaciones.

Las capacidades que poseen estas personas son muy diversas, así como lo que de ellas se requiere. Sin embargo, algo las debe unir, algo en común deben tener, alguna actitud frente a la comunidad y frente al mundo, algo que les es propio. Algo diferente a la indagación meticulosa y sistemática de los recónditos misterios de las galaxias y la organización íntima de los átomos que hace la ciencia.

Esas actividades de la ciencia estuvieron guiadas por la curiosidad y provocaron el asombro por el descubrimiento, por eso nuevo, por eso antes ignorado. Me atrevo a pensar que la raíz de la sabiduría está en la posición de permanente asombro por lo ya sabido, por maravillarse y repiquetear sobre lo ya descubierto, a veces por lo descubierto muchos siglos antes.

Se trataría de sostener el asombro mirando la transformación progresiva de la oscuridad de la noche en un gradiente de azules y rosados en cada amanecer, frente a la danza interminable de las llamas de cualquier fogata o ante la bella helicoide que surge de las vainas vegetales cuando se secan. Yendo a cuestiones más cercanas a la tradición de la ciencia occidental, cabe mantener el asombro ante la existencia de cinco, y solo cinco, poliedros regulares, o ante la relación entre las áreas de los cuadrados construidos sobre los lados de los triángulos rectángulos y quizás más aún que esa relación nos entregue la función de la circunferencia.

Yo sostengo el asombro ante quienes con estos u otros principios ejercen el arte de la sabiduría.

## LAS COSAS Y SUS SOMBRAS

Nosotros, aún sin saberlo somos materialistas a ultranza y damos así prevalencia a las cosas.

Ontología de la materialidad tridimensional que reduce a casi nada eso que vemos pero que es ausencia de luz, como si las ausencias no tuvieran derecho a nuestra atención.

Decir que las vemos es excesivo, apenas las atisbamos, como a regañadientes.

La sombra, esa bidimensión que no se desgasta, que cuando nos movemos sube y baja escalones, que convive con pisos y paredes, que dibuja perfiles, que se hace nítida con el sol y sutil con la luna, que vibra con la llama de la vela y de la fogata y se multiplica con la diversidad de los focos eléctricos.

Las sombras que se ausentan en la oscuridad de la noche apoyando nuestra intimidad.

Las sombras con su democracia sin discriminación alguna, acompaña al rey y al mendigo, a la joya de oro y esmeraldas y a la azada de hierro y palo.

La sombra, que explicó las fases de la Luna y fomentó las iniciales sospechas de la esfericidad de nuestro planeta y después posibilitó a Eratóstenes calcular su diámetro.

Las sombras, capaces de alargarse y acortarse, de dibujar geometrías complejas, de sostenerse en las cosas y proyectarse más allá de ellas, de establecer nitideces y gradientes; todo esto sin desvanecerse y sin menoscabo alguno.

Hasta daría para pensar que las cosas son solo pretextos o meros instrumentos para dar lugar al juego eterno de las sombras. Un pensamiento más equilibrado dice que en la duplicidad de cosas y sombras se construye esa danza que llamamos realidad.

Nosotros mismos podemos vernos momentáneamente iluminados sabiendo que nuestro destino inexorable declina hacia la sombra del recuerdo fugaz o el llanto amoroso.

## COMENZAR

El primer trazo de un dibujo, la primera frase de un escrito, el primer rozamiento de una caricia, en definitiva, cualquier comienzo es definitorio y por momentos hasta inescrutable. ¿Cómo horadar el vacío de la página en blanco, cómo introducirse en la continuidad del silencio, cómo anular la distancia que aísla a cada cuerpo en el límite de su propia piel? ¿Acaso se deberá comenzar por el susurro o se deberá irrumpir con el alarido más estentóreo, por el rasgo apenas distinguible o por la

marca del violento contraste cromático y la amplitud del recorrido? ¿Será conveniente o necesario tener un plan general, un método que garantice la continuidad, o será el propio desarrollo de la acción la que guiará en cada momento la mano y el deseo?

Los seres sensibles piensan que solo los artistas y los sabios saben cómo proceder, como abrir o inaugurar lo cerrado o intacto. Los artistas y los sabios han verificado que la perfección necesaria de la palabra, la línea, o el gesto son imposibles, que chocar una y otra vez contra esa imposibilidad es el límite irremediable de nuestras pretensiones.

La conciencia de esa verificación y, sin embargo, el empeño por refutarla es lo único que justifica reconocerlos como artistas y sabios.

## SILENCIOS

Hace algunos años se hicieron algunos experimentos destinados a estudiar qué ocurre cuando el nivel del sonido se reduce a niveles ínfimos. Dado que vivimos en ciudades cada vez más ruidosas en las que prolifera el traqueteo de los vehículos, donde las voces y las músicas, muchas veces altisonantes, se suelen entrecruzar y superponer. Digo, dadas esas condiciones, es interesante que se analizara el extremo opuesto. Quienes desarrollaron el estudio se internaron, provistos de los adecuados instrumentos de medición, en cuevas profundas y en construcciones subterráneas y aisladas. Mientras iba disminuyendo el nivel sonoro los investigadores experimentaban una sensación de calma y complacencia.

Pero esta situación mutaba cuando el nivel del sonido registrado bajaba hasta un punto a partir del cual los exploradores fueron escuchando los sonidos del interior de su propio cuerpo. El ingreso y exhalación del aire, el fluir de la sangre, la palpitación del corazón y la actividad del aparato digestivo les demostraron al mismo tiempo dos cosas. Por un lado, que el silencio absoluto no era alcanzable porque la vida es ruidosa, aunque lo sea muy recatadamente. Por otro lado, que escucharse el funcionamiento del cuerpo resultaba incómodo y mucho menos tolerable que percibir algunos sonidos provenientes del entorno.

Es posible que ocurra algo análogo con el funcionamiento de nuestra mente. Estamos fuertemente impulsados, casi obligados, a atender a los múltiples problemas cotidianos y a los objetos y palabras con que el mundo nos reclama. Si podemos reducir esas demandas externas la sensación de calma resulta frecuentemente satisfactoria, pero también ocurre que, si nos situamos por debajo de los procesos de reconocer, evaluar o producir algunos temas, entonces aparece el funcionamiento de la propia máquina o estructura mental.

Intuimos una especie de movilidad de engranajes que giran en vacío y que para no molestar requieren alguna materia sobre la que puedan operar. Tal vez tengamos terror a saber sobre nuestro pensar, a escuchar su ronroneo indecoroso o inestable, su vacuidad o su grosero funcionamiento.

Tal vez no tengamos la costumbre, las técnicas, o la valentía para afrontar esas realidades.

## MISTERIOS

*La mitigación del misterio es requerimiento*

*para el acceso a la humanidad.*

*El eco y el renacimiento del misterio son necesidad*

*para la permanencia en la humanidad.*

El misterio, la belleza, la comprensión, el asombro: no están lejos, solo es necesario no estar distraído, y abrirse a su encanto

La luz, en cualquiera de los planos o modos en la que se la considere es misteriosa y fascinante. Desde la física, su interpretación como corpuscular u ondulatoria es alternativa y nos convoca a sostener el misterio, su velocidad vertiginosa, y para más insuperable, es casi inconcebible.

Desde la cromaticidad la luz contiene y oculta todo los matices y gradientes. En la historia pasó por múltiples lecturas: la luz coloreada de los vitrales medievales, la luz clara y precisa del renacimiento, la luz dramática del barroco, la luz

descompuesta y recompuesta del Impresionismo, la luz matizada y moldeada por los instrumentos que hoy la hacen más y más significativa y más insondable.

La materia, no es menos abierta, operable y misteriosa. Su composición íntima se muestra como casi nada, casi puro vacío, sin embargo, también casi impenetrable.

Por otro lado, en la experiencia cotidiana es piedra, madera, metal, plástico, hebra para tejer y trenzar, arcilla para moldear y hornear. Habla de vetas y tersuras, de lo sólido y lo maleable, de lo que se concentra y lo que se dispersa.

La técnica es deslumbrante y oscura. Los humanos somos esa especie que no se conforma con lo que hay, que desarrolla nuevos modos para hacer nuevas cosas.

Desde el desbaste del pedernal hasta las impresoras 3D, desde el venablo que posibilitó las primeras cacerías grupales hasta las ominosas armas que posibilitan la anulación de toda existencia, se abre un campo que nos exige inteligencia y ética para tratarnos entre nosotros y para tratar la casa común.

Nos constituye la creación de lo nuevo: ese impulso para alcanzar lo que todavía no está, esa capacidad de prefigurar, de vislumbrar en la niebla, de avizorar en la lejanía, esa misteriosa pulsión que traduce y produce el mundo.

Pues bien: de luz y sombras, de matices y texturas, de materia sólida y fluida, de técnicas ancestrales y novísimas, de significados expresos y latentes, de creaciones originadas en el saber y en la sensibilidad, de todo eso está hecha la Forma.

Quizás no: quizás todo eso lo hace la Forma.

## LA MEMORIA

El recuerdo siempre es una desviación, una necesaria y valiosa desviación. Siempre hay una distancia, una diferencia entre el recuerdo y lo recordado.

Esa distancia, en general no puede ser verificada. Hasta hace pocos siglos esa imposibilidad era absoluta, actualmente con la fotografía y la filmación en algunos casos la certificación de la diferencia puede ocurrir.

Pero los recuerdos que más nos importan sabemos que no coinciden con lo recordado. Ese saber es difuso, solo nos dice que algo se nos escapa, sea que se trate de una impresión momentánea o de una secuencia extensa.

Nada hay más decisivo que eso que no hay. El recuerdo del placer, el dolor, la belleza o el asco no puede recobrar íntegramente esas emociones.

El recuerdo deja una constancia porque es lo que nos dice de la autenticidad de aquellos momentos.

La tendencia actual hacia el registro de todo lo nos sucede solo es insuficiente recurso para anular la desviación.

La consecuencia es peor, nos puede hacer olvidar los indispensables vacíos de la memoria para sostener la memoria de nuestra condición humana.

## CONTRASTES

Lo que nos hace fuertes es la conciencia de nuestra debilidad,

lo que nos hace castos es la conciencia de nuestra lujuria,

lo que nos hace calmos es la conciencia de nuestra iracundia.

Dijo el maestro.

Lo que nos hace débiles es el olvido de nuestra fortaleza,

lo que nos hace lujuriosos es el olvido de nuestra castidad,

lo que nos hace iracundos es el olvido de nuestra calma.

Replicó el otro maestro.

Inevitablemente, previsiblemente confrontaron,

la disputa escapó de las palabras,

la disputa les mostró que eran débiles

la disputa no reconoció matices,  
la disputa les mostró que eran iracundos,  
la disputa disparó deseos ocultos,  
la disputa los encontró desnudos y excitados.  
Inevitable, previsiblemente cesó la disputa.

## PARPADEO PEDAGÓGICO

Un simposio dedicado a la Educación. Exposiciones rigurosas y bien enfocadas: las transformaciones que impone la informática, el financiamiento del sistema escolar, la reformulación del desarrollo curricular, la relación docente alumno y varias más.

Sin embargo, sin embargo... me pareció que algo no se dijo, tal vez no se quería mencionar cuando todo era precisión.

Me di cuenta: palabras esenciales tienen en el lenguaje cotidiano, más de un significado.

- Educación: “Fue rigurosamente educado en ciencias naturales” y “Es un mal educado”.
- Saber: “Sabía geometría y aritmética” y “Sabía llegar al club por las tardes”.
- Aprender: “Aprendió rápidamente las reglas de la lógica” y “La policía aprendió al ladrón cuando escapaba”.
- Enseñar: “Quisiera que me enseñe la notación musical” y “Le pido que me enseñe el camino a la estación”.
- Maestro: “El maestro está al frente de la clase” y “Es un maestro del billar” y todavía “Oiga maestro, a cuánto vende las paltas”.

En las segundas hay un corrimiento. Educado significa estar dentro de las normas de buen trato, saber gira a acostumbrar, aprender a apresar, enseñar a indicar, maestro a experto y a un tratamiento de ambigua valoración.

Sin embargo, yo entreveo un parpadeo. También se educan las reglas de urbanidad, saber deja ver un conocimiento básico que es más que una mera costumbre, aprender en tanto no dejar ir, es común a las dos situaciones, indicar el camino, orientar es propio de todo enseñar y el maestro educa porque posee una capacitación y eso sin establecer una distancia insalvable con los alumnos.

Creo que aceptar estos parpadeos sería saludable para entender mejor las acciones pedagógicas.

## MUTACIÓN

n una tarde de domingo en verano Buenos Aires no parece Buenos Aires. Parece un sueño de Buenos Aires, pero no su forma ideal perfecta y deseable, sino una Buenos Aires menoscabada, algo menor que su realidad, o mejor una versión diluida o corroída, un espectro chato, insípido.

Las calles están semi desiertas, poca gente y pocos vehículos, los autos circulan a velocidades extremas; algunos a toda aceleración para aprovechar que hay muy poco tránsito, otros muy parsimoniosos porque no hay apuro en una tarde de verano.

Los noticieros y algunos otros programas de actualidad se centran en los destinos turísticos. Aquí no se trata de los destinos trágicos o gloriosos urdidos por los hados o por la voluntad irrefrenable de héroes o víctimas, aquí se trata de otra cosa. La televisión muestra numerosas playas, todas muy parecidas y los reporteros hacen las preguntas banales obteniendo, lógicamente, respuestas igualmente banales.

A veces, cada vez con más frecuencia, se corren a lugares de belleza natural que juzgan inenarrables, precisamente porque no pueden decir nada de ellos, salvo una descripción trivial. Los turistas dicen gozar de las vistas o paisajes, vistas o paisajes que les han sido formateadas, implantadas en el colectivo social para la admiración.

Buenos Aires en una tarde domingo es una ciudad insólita, desvaída, pero donde uno puede detenerse a mirar el fantástico dibujo de una pared descascarada, las variantes múltiples que el tiempo y el desaliño humano han dejado en los cordones de piedra de las veredas.

En una tarde de domingo en Buenos Aires, si uno tiene más descaro o valentía puede intentar verse a sí mismo como un reflejo de ese mundo desvaído y somnoliento.

## LA ILUSIÓN

La ilusión es un sentimiento, una actitud, un estado de ánimo (en definitiva, no se sabe bien como catalogarla) cuyo sabor también es diverso o variable, suele decirse agrídulce.

Conviene distinguirla de la fantasía. Se puede fantasear cualquier cosa, pero la ilusión es más acotada y, a la vez, es más densa y punzante.

La ilusión remite a una meta, un logro, que está relativamente cercano, pero cuyo éxito es dudoso, a veces difícil de alcanzar. Alcanzar eso con lo que uno se ilusiona tiene dos rasgos decisivos: es crucial para nuestra vida y no depende solo de nuestro deseo ni de nuestro esfuerzo.

Esa meta puede ser alcanzar el amor de una mujer (o de un hombre), que se imponga nuestro proyecto político o muchos otros más, algunos muy relevantes, otros más nimios. Sin embargo, para quien se ilusiona siempre se vive como algo importante, como algo decisivo.

La ilusión puede disiparse; lo ansiado puede ser ya inalcanzable y desaparecer del horizonte de lo posible; esto puede ser abrupto, tajante o un lento, progresivo e irremediable desvanecerse. En cualquier caso, la vida pierde esa tensión que la mantenía expectante, latiendo en la esperanza. Entonces, la vida carece de una dimensión, es menos vida, sufre la amargura del letargo.

Sin embargo, quien se ha ilusionado puede volver a hacerlo, muchas veces encontrando otras dimensiones, otras esperanzas.

El discurrir de quienes nunca han podido, sabido o querido ilusionarse es mucho peor: están condenados a la comodidad.

## PREGUNTAS OSCURAS, NOMBRES ABSURDOS

Esto también podría titularse Trampas y Errores. Se trata de frases y palabras que ruedan en el lenguaje aceptado, tan aceptadas que parecen no decir nada más que obviedades, funcionan como si no escondieran nada, como si no hubiera derecho a ponerlas en cuestión.

Empezaré con dos preguntas, preguntas que, si se aceptan, la respuesta ya convalida una falacia, son ciertamente preguntas tramposas. Tan tramposas que quienes las formulan tampoco se dan cuenta de la determinación falaz que conllevan. No son enunciadas con mala intención porque su habitualidad las naturaliza, están en los recovecos del lenguaje o del pensamiento que, para el caso, viene a ser lo mismo.

El lenguaje tiene sus vueltas, nunca es simple. Las dos preguntas pertenecen a ámbitos distintos, una al ámbito académico y la otra al económico; en ambos casos se trata de entidades relevantes, presencias ineludibles en ellos. Se trata de preguntas sobre las tesis y sobre el mercado.

La pregunta que en la Universidad oscurece es ¿Cuál es el tema de tu tesis? Es tan frecuente que hasta parece inocente. Anula la pregunta clave, la pregunta necesaria ¿Cuál es tu tesis? Porque una tesis es una propuesta, no es, no debería ser, un desarrollo erudito sobre un campo o tema.

En el plano económico, frente a una nueva normativa o una inesperada situación suele preguntarse ¿Cuál será la reacción de los mercados? La pregunta parece pertinente, parece pertenecer a la lógica natural de lo económico. ¿Cuál será la reacción de los mercaderes? Esa debiera ser la pregunta. Quienes reaccionan son personas, generalmente para su propio provecho, y no una entidad abstracta, antropomorfizada, pero carente de conciencia y responsabilidades.

Hay montones de nombres absurdos; elijo dos inscriptos en la geografía, que designan cosas que nos atañen.

Estamos en la orilla del río con el que empiezo. Al parecer, el primer europeo que lo conoció fue Juan Díaz de Solís quien, buscando un paso a las Indias Orientales, encontró la muerte después de haberlo llamado con el oxímoron Mar Dulce puesto que si fuera un mar no puede ser dulce. Luego se le impuso el nombre voluntarioso

y erróneo de Río de la Plata, cuando el ansiado metal estaba en Potosí a más de dos mil kilómetros de distancia.

El otro nombre absurdo es el acordado por los europeos al océano ubicado a occidente de América. Sin embargo, el primer nombre que se le asignó cambió la brújula, dado que se lo llamó Mar del Sur. Los primeros europeos que lo ven son los integrantes de la expedición de Vasco Núñez de Balboa. En su descargo debe decirse que lo ven desde el istmo de Panamá que va de Este a Oeste, de manera que les quedaba al Sur, en su cargo que no se les ocurrió que el mar podía continuarse más allá. Ya por razones no geográficas sino estrictamente políticas en esa época también se llamó Mar del Norte al Atlántico.

El nombre actual proviene de la expedición de Magallanes. Después de sortear los vientos tormentosos del canal que hoy lleva su nombre, les pareció que ese mar era tranquilo, con solo bonanzas, sin saber que también en él hay acontecimientos peligrosos.

La ingenuidad y la prepotencia se unieron para establecer estos nombres absurdos.

La burocracia y el encubrimiento hicieron los suyos con las preguntas oscuras.

## CONJETURAS E IMPOSIBILIDADES

Durante muchos años miré los mapas buscando solo la información que buscaba, a veces, pocas veces, admiraba su calidad visual.

Esa limitación proviene de la tendencia a atender al producto olvidando o desdeñando su proceso de generación, aceptando su verdad como las de las cosas de la naturaleza.

El arte de la cartografía fue hasta hace pocos años un arte de la conjetura, es decir de lo considerado probable o, a veces, de lo meramente imaginado.

Esto es especialmente notorio en los mapas a gran escala, en particular en los que pretenden abarcar todo el planeta, en los planisferios.

Me solazo ahora admirando a quienes con gran maestría gráfica producían planisferios en los que se ignoraban continentes, se escribía *terra incognita* dejando constancia del desconocimiento, y se agregaban seres mitológicos que poblaban un mundo fascinante y misterioso.

A partir del siglo XVI las cosas fueron variando, la cartografía se hizo más utilitaria, se la requería para los largos viajes marítimos y para las rutas del comercio y la guerra. Es claro que el sur de América del Sur fue conjeturado, insinuado con notorias distorsiones.

A medida que más puntos fueron ubicados con menos dudas, los mapas se fueron haciendo más precisos. Sin embargo, lo que quiero señalar es que la cartografía seguía siendo conjetural. Lo que estaba entre punto y punto relevado era siempre supuesto, es más, por muchos que fueran los puntos precisados siempre quedaba entre ellos una porción indefinida.

Desde hace poco tiempo esa limitación parece superada. Las imágenes satelitales no dejan lugar a lo supuesto, a lo imaginado; parecen expresar la realidad misma. Sin embargo, otra vez sin embargo, si entra en juego el tiempo, esa variable antes desatendida, la cuestión cambia. La costa tan perfectamente delineada no es la misma con marea alta o con marea baja, el ancho de los ríos varía constantemente y, a otra escala tampoco las tierras son inamovibles por erosión o más fuertemente por movimientos telúricos. De manera que ese mapa solo es una verdad instantánea, en el momento mismo en que los estamos mirando ya tiene ligeras desviaciones.

Pero todavía hay algo más, algo insuperable para cualquier mapa. El planeta es aproximadamente esférico y esa superficie no puede contenerse en el plano. En el siglo XVI Gerardo Mercator construyó un planisferio que tuvo gran aceptación, y aún hoy es habitual. El planteo es simple, consiste en la proyección sobre un cilindro tangente a la esfera terrestre en el Ecuador para luego desplegar esa superficie. Es obvio que genera grandes deformaciones por lo que se buscaron otras aproximaciones, siempre aproximaciones, como las de Robinson en 1961 y luego la de Winkel-Tripet.

El maravilloso arte de la cartografía es inevitablemente conjetural, quizás eso es lo que me maravilla.

## EN EL AIRE

Abrir las alas y salir volando. Así hacen los grandes pájaros desde los picos montañosos en las alturas. Y vuelan sin temores y sin ansiedades, dejándose llevar, por momentos por las corrientes de aire, y luego orientan con simples aleteos el rumbo deseado. Vuelan en círculos, más arriba y más abajo, se diría que es puro placer, que sienten el aire desde las puntas de las plumas, en el cuello y en el cuerpo.

A eso aspiro, a eso no llego, siempre... siempre algo me ata, me preocupa, me desvela.

Me dicen que hay quienes en profunda meditación lo alcanzan, pero cuando comienzo a soñar con eso, ya no sé si lo quiero, lo que sé es que no es mi destino. Me quejo de lo que no puedo lograr y rechazo esa meta para mí inalcanzable y acaso indeseada. No me dejo llevar, no sé si por temor al lugar al que llegaría o porque me suena a poco, a ausencia de lo que me mantiene en vida.

Quizás imaginar ese sereno vuelo de las aves es todo a lo que puedo aspirar, puede ser que me esté irremediablemente vedado ir más allá. Tal vez el pájaro tampoco reconozca la plenitud que le supuse, tal vez ese sea su límite, su simple discurrir.

## IMPERFECCIONES

En la década de los 50 del siglo pasado inicié mis estudios de arquitectura. En esos momentos el Movimiento Moderno era religión entre nosotros, y sus representantes más significativos eran Le Corbusier, Mies Van der Rohe, Walter Gropius, Frank Lloyd Wright y Alvar Aalto. Todos ellos de edad avanzada pero aún vivos y activos. De diversas maneras todos nosotros los emulábamos.

Los libros que los ensalzaban –o cuestionaba a alguno, pero no sin ponerlo en la mira– mostraban pocas fotos, en blanco y negro y frecuentemente imprecisas, los dibujos de plantas y algunos alzados eran esquemáticos.

Esa forma imperfecta de la información hoy me parece valiosa. Nos impedía copiar, dado que el modelo apenas podía entreeverse, así los maestros solo sugerían, solo marcaban caminos que cada cual recorría a su manera.

La palabra perfecto analizada desde su etimología significa completo, acabado <per> y hecho <facere>. Lo perfecto solo puede ser objeto del arrobamiento o la sumisa copia.

El recuerdo de mis primeros años en la universidad es apenas un indicio de la importancia e ineludible necesidad de la imperfección en el acontecer humano.

Cuando, según el anecdotario Miguel Ángel golpea con el martillo al Moisés y dice ¿Por qué no hablas? confiesa a la vez, la excelencia de la obra y una limitación, una imperfección. Pese a todo, la escultura no se completa, no puede hablar. No hay escritor que si relee con sinceridad su texto no verifique que alguna palabra podría ser reemplazada con ventaja por otra, más precisa o con mejor sonoridad.

Borges parece haber sido consciente de la necesidad de la imperfección. Lo hace, lógicamente a la manera Borges y así, por ejemplo, en *El Aleph* después de extasiarse por la visión de esa maravilla en la que todo existe y todo se ve, agrega en un colofón que se trataba de un falso Aleph. *Funes el memorioso*, que registra y recuerda todo con plenitud no es sabio ni particularmente sensible.

Las ciencias de la astronomía y la física no lo saben todo acerca de la materia ni del universo.

Podríamos seguir ejemplificando, pero sería innecesario porque la imperfección nos resulta inexorable y también salvadora. Nos impone algo extraño: debemos buscar la perfección sabiendo de su imposibilidad, nos salva de la pereza y de la arrogancia.